

## CONSIDERACIONES DE MEXICO SOBRE LAS CONSECUENCIAS QUE PARA EL DESARROLLO IMPLICA EL DESARME

**Ifigenia Martínez**

**E**xiste una vinculación mucho más estrecha de lo que comunmente se supone entre desarme y desarrollo. La vinculación más conocida es la que se refiere a la reasignación o uso alternativo de recursos en favor del desarrollo. De acuerdo con las Naciones Unidas el desarme:

“... es un proceso que consiste en la reducción de la magnitud de las fuerzas armadas y de los gastos que ocasionan; la destrucción o el desmantelamiento de armas, ya sea desplegadas o almacenadas; la eliminación gradual de la capacidad de producir armas nuevas y el licenciamiento del personal militar y su integración en la vida civil. El objetivo último es el desarme general y completo bajo un eficaz control internacional”<sup>1</sup>.

Una acepción más limitada, pero más relevante, es la del desarme nuclear que excluye las armas convencionales en tierra, mar y aire, para concentrarse en la eliminación total de armas de destrucción masiva, nucleares (atómicas y termonucleares), químicas y bacteriológicas. Para tener una idea del alcance del término “masivo”, el promedio aceptado de víctimas por cada misil es de 250 mil personas, el cual no es excesivo si se compara con la potencia destructiva promedio aceptado de una carga termonuclear de 400 kilotones. En Hiroshima la potencia de la explosión fue de 17 kilotones ocasionando 140 mil víctimas, mientras el poder explosivo de los actuales arsenales nucleares equivale aproximadamente a un millón de estas bombas<sup>2</sup>.

Una guerra nuclear significaría la destrucción de la civilización contemporánea; ocasionaría la muerte de cientos de millones de personas; precipitaría al hombre a un atraso de siglos si no es que a la

destrucción del mismo como especie biológica e incluso llegaría a causar la aniquilación total de la vida en la Tierra.

Evidentemente no se podría hablar de “victoria” o de “derrota” en una guerra nuclear global; ésta sería más bien un suicidio colectivo. Una guerra nuclear no se puede planear con el propósito de ganarla. Las armas nucleares ni siquiera pueden considerarse como medio de contener una agresión efectuada con armas convencionales, porque poseen efectos revertibles que también dañarían a quien las envíe. Por tanto, se dice que el acopio de armas nucleares sólo tiene por objeto disuadir una agresión nuclear por parte de una potencia enemiga. Cualquiera que sea el valor de esta lógica del equilibrio del terror es indudable que la mera existencia del arsenal nuclear representa un peligro que, por accidente, irreflexión o locura, puede dañar a la humanidad. Son cinco ya las potencias nucleares: Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido, Francia y China. Los dos primeros países son los principales antagonistas y, por lo tanto, son quienes pueden negociar el desarme nuclear; pero para hacerlo, Estados Unidos postula la necesidad de restaurar la paridad estratégica en el campo de las armas convencionales, con lo cual se establece la lógica diabólica de la carrera armamentista. La restauración de la paridad estratégica sólo es posible mediante la inversión de grandes recursos. Cada potencia compite por tener la supremacía destructiva y en el intento esteriliza recursos materiales escasos y esfuerzos humanos de gran complejidad y especialidad.

El desarrollo, en su sentido más amplio, se refiere al establecimiento de un sistema de economía nacional, que utilice plena y sistemáticamente las fuerzas productivas internas y permita el mejoramiento del nivel y calidad de la vida de todo el Pueblo.

1 Naciones Unidas. *The Relationship between Desarmament and Development*, A/36/356. Nueva York, 1982, párrafo 32.

2 Naciones Unidas, *ibid*, párrafo 50.

Si se parte de las definiciones anteriores es clara la vinculación entre el desarme y el desarrollo: puesto que el proceso de acumulación de armas y el del desarrollo requieren recursos materiales y humanos en gran escala, la persecución de uno de estos objetivos va en detrimento del otro. Cuando el presupuesto para armamentos es muy elevado, los usos de la economía de guerra desplazan los de la economía civil. En el lenguaje popular se dice que se debe escoger "entre cañones o mantequilla", disyuntiva real que aparecerá tarde o temprano.

No obstante, la vinculación entre el desarme y el desarrollo va más allá del simple uso alterno de los recursos. Por el peligro que representa la carrera armamentista para la seguridad y la paz, las tensiones que provoca crean un ambiente de incertidumbre en los mercados que impiden el uso racional de los recursos disponibles.

En 1972 el gasto militar mundial fue de 416 mil millones de dólares, aproximadamente el 6% de la producción mundial. En 1981 había ascendido a 579 mil millones de dólares, o sea una tasa de crecimiento de 2.5% superior a la del crecimiento de la población mundial, estimado este último en 1.8%. A partir de ese año se acelera el gasto militar, tanto de los seis países con mayor presupuesto militar, que representan el 70% del gasto total, como de los países en desarrollo, que representan el 15% del gasto total. En 1983 el gasto militar llegó a 800 mil millones de dólares. En sólo 15 días y 15 horas se gastan en los programas militares más de los 34 300 millones de dólares destinados anualmente a la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD). Se estima que en 1985 el gasto militar ascenderá a un millón de millones de dólares, lo que rebasa los pronósticos anteriores que no situaban esta cifra sino hasta 1990, o sea, que se registró una tasa de crecimiento, entre 1981 y 1985, del 18% anual. Y de esta cifra aproximadamente las cuatro quintas partes se destinan a la producción de armas convencionales y al sostenimiento de las fuerzas armadas.

La producción total de la industria militar en 1980 llegó a 137 mil millones de dólares, o sea el 5% de la producción industrial mundial.

Se calcula que existen alrededor de 50 millones de personas ocupadas, directa e indirectamente, en las actividades militares en todo el mundo, en la forma siguiente:

Actividades	Millones de personas
Fuerzas armadas regulares	25
Fuerzas paramilitares	10

Civiles empleados en los departamentos de defensa	4
Científicos o ingenieros ocupados en la investigación y el desarrollo militar	0.5
Trabajadores ocupados directamente en la producción de armas y de otros equipos militares especializados	5

Mención especial merece el esfuerzo desplegado en actividades de investigación y desarrollo militar porque poseen características que no aparecen en una simple presentación estadística. La carrera armamentista, en su aspecto científico y tecnológico, ha complicado el proceso de valoración política y los esfuerzos para llevar a cabo un control negociado. Además, los gastos mundiales en investigación y desarrollo militar superan el conjunto de gastos destinados a la investigación de carácter global como la protección y el mejoramiento del medio ambiente o la cooperación económica para el desarrollo.

La creciente militarización del espacio puede interpretarse como reflejo de la expansión del programa tecnológico para mejorar los sistemas de comunicación, comando y control. Se estima que entre 1958 y 1981 se han lanzado más de 1 917 satélites; de los cuales más de 1 900 provienen de Estados Unidos y de la Unión Soviética.

En 1980 los gastos militares en investigación y desarrollo militar ascendieron a 55 mil millones de dólares. Ya desde 1970, aproximadamente el 20% de todos los científicos e ingenieros calificados en el mundo estaban ocupados en la industria militar.

Frente a este derroche de recursos, una quinta parte de los hombres, mujeres y niños que habitan nuestro planeta se hallan en una situación de miseria extrema. Con el 20% del valor de los gastos militares anuales se podría financiar un desarrollo agropecuario que terminara con el hambre hacia el año 2000, según datos proporcionados por estudios especializados de la ONU.

La carrera armamentista presenta aspectos preocupantes que deterioran las perspectivas para la paz y el desarrollo; entre otros:

1. La aceleración en el aumento de los gastos militares. En 1984 ascendieron a 850 mil millones de dólares, un monto casi igual al de la deuda externa de los países en desarrollo (PED), y se estima que cada uno de estos rubros alcanzará el millón de millones de dólares en 1985. Estados Unidos y la

Unión Soviética gastan la mitad del total de dichos gastos, y si se añaden los de las otras tres potencias nucleares se localiza el 65% del gasto bélico mundial. Esta cifra representa el 6% del producto bruto mundial y el 25% de la formación bruta de capital. Bajo otro agrupamiento los países de la OTAN y del Pacto de Varsovia realizan más del 70% de los gastos militares mundiales. De éstos casi el 75% se concentra en los países desarrollados, y 15% en los PED.

2. La investigación y el desarrollo en la industria bélica han generado una dinámica propia en el campo del avance tecnológico, con una dimensión cualitativa en la que cada nueva generación de armamentos es más compleja y destructiva que el sistema reemplazado. Además, la tecnología militar ha adquirido un impulso y un ritmo tales que su temprana obsolescencia aparece mucho más pronto que la de la tecnología de uso comercial.

3. El aumento en el comercio internacional de armas, estimado en 40 mil millones de dólares anuales, que se extiende a todas partes del mundo y alimenta los conflictos armados. Además de la compra-venta de armas y de la transferencia de equipo en forma de ayuda militar hay programas de adiestramiento a personal técnico como parte del comercio de armas.

4. Si bien no ha habido una guerra entre potencias nucleares, la carrera armamentista ha alimentado alrededor de 150 conflictos regionales con armas tradicionales, ocurridos desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Casi todas estas guerras tienen lugar en países en desarrollo y con frecuencia reflejan la Guerra Fría y las tensiones debidas al conflicto Este-Oeste que protagonizan las potencias nucleares.

5. La evidencia histórica y empírica analizada por expertos sitúa los gastos militares en el rubro del consumo y no en el de inversión. Consecuentemente, los elevados incrementos de los gastos militares tienen un efecto depresivo sobre el crecimiento económico; directamente a través del desplazamiento de la inversión nacional e indirectamente a través de la reducción en la productividad, la cual depende, en un grado considerable, de los recursos invertidos en investigación y en desarrollo, actualmente inclinados en favor de la tecnología militar. La coexistencia de altos niveles de gastos militares y de altas tasas de crecimiento económico en épocas pasadas no puede tomarse como evidencia de una relación causal entre ambas. El rápido crecimiento de la economía y el bajo nivel de los gastos militares en el Japón así lo demuestran.

La disponibilidad de recursos subutilizados en las economías menos desarrolladas puede producir, a corto plazo, resultados que indiquen la posibilidad de un paralelismo entre altas tasas de crecimiento y elevados gastos militares; pero a largo plazo, las consecuencias socio-económicas adversas de los considerables gastos militares pesarán más que cualquier efecto inmediato.

Puede afirmarse que la crisis económica de 1980-1984 es en parte consecuencia de la deformación ocasionada por los elevados gastos militares: presupuestos públicos deficitarios, políticas monetaristas restrictivas, alza en las tasas de interés, contracción de la inversión, recesión y desempleo.

En casi todos los países coexisten diferentes combinaciones de economía privada, pública y social, bajo diferentes modalidades y grados, de acuerdo con decisiones soberanas irrenunciables de política interna, consecuentes con el sistema económico, político y social libremente escogido por cada pueblo.

Los países en desarrollo con economías de mercado encuentran serias limitaciones para seguir operando ventajosamente bajo la actual estructura de la economía mundial. Hasta ahora, los cambios que han solicitado en el orden económico internacional son para integrar sus economías nacionales al sistema internacional de economía de mercado. No se sabe hasta donde los empuje la crisis, pero es de esperar que ocurra una solución política negociada equitativamente.

Los países de economía centralmente planificada, desarrollados y en desarrollo, también encuentran obstáculos, bajo la actual situación de tensión internacional, para participar, en un grado mayor, en una expansión económica de beneficio común y en un esquema de cooperación Este-Oeste-Norte-Sur. En especial la elevada asignación presupuestal que se ven obligados a destinar los países socialistas al sector industrial militar distrae recursos que podrían dirigir a mejorar el consumo y a aumentar la cooperación económica internacional.

Los países industrializados de economía de mercado también encuentran serias dificultades para reanudar la expansión económica de la llamada "época de oro" en las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta; en la actualidad padecen un creciente desempleo y se hallan inmersos en una guerra económica de mercados y de productividad.

Por su importancia, la posición de Estados Unidos adquiere un lugar excepcional en la economía mundial; los desequilibrios estructurales de

la economía de Estados Unidos repercuten en el exterior; el desequilibrio fiscal y el desequilibrio ahorro-inversión se transfieren a la balanza de pagos y contribuyen a descompensar el mercado de trabajo; la política monetarista eleva las tasas de interés, atrae capital y contribuye a la sobrevaluación del dólar. Debido a su economía abierta y al privilegio de que el dólar sea la moneda de reserva internacional, Estados Unidos puede sostener esos desequilibrios. El gasto militar, que en 1984 ascendió a 250 mil millones de dólares, superó el valor total de las exportaciones mercantiles de 220 mil millones de dólares y el déficit fiscal de 180 mil millones; en tanto, la asignación para la cooperación económica internacional registró niveles mínimos, si se descuenta la AOD a Israel y a Egipto, y actualmente también a Centroamérica.

Paradójicamente — en opinión de muchos expertos — la hegemonía militar no trae ventajas ni para la seguridad ni para la economía del pueblo estadounidense, porque, no estando amenazado el sistema económico y político de Estados Unidos en sus valores fundamentales de integridad territorial, identidad cultural e independencia política, el aumento deliberado en la tensión militar repercute en su estructura social; provoca fisuras en la amistad con sus aliados europeos y japoneses; aumenta la desconfianza y la inseguridad de la Unión Soviética; e intensifica el resentimiento de los países del Tercer Mundo.

Debido a sus prioridades militares, la mayor potencia económica cancela su participación en la reestructuración del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), aspiración perseguida tenazmente por los países en desarrollo. La tensión, la desconfianza y la animadversión son contrarias a la búsqueda de la seguridad. Puede decirse que una nación está segura en la medida en que no esté en peligro de sacrificar sus valores fundamentales, en la convivencia pacífica y en la medida en que, en caso de amenaza, pueda conservarlos mediante una victoria.

La política del embudo que practica Wáshington succiona bienes y servicios del resto del mundo (el déficit de la balanza comercial puede llegar a los 220 mil millones de dólares en 1985) y en vez de que, para pagar el excedente de importaciones, haya una salida neta de capitales, aumentan las entradas de capital, de manera que los activos de los extranjeros ascienden a 170 mil millones de dólares, por la atracción que ejercen las altas tasas de interés en la liquidez mundial<sup>3</sup>. En consecuencia el res-

to del mundo contribuye a financiar los déficit fiscal y de balanza de pagos derivados de la carrera armamentista.

El ambiente de distensión y entendimiento que privó en los decenios de los sesenta y setenta y la expectativa a que dio lugar la Conferencia de Helsinki propiciaron el avance del multilateralismo y de la cooperación internacional para el desarrollo. Este clima favoreció la aprobación, en 1970, de la Estrategia Internacional para el Desarrollo del Segundo Decenio del Desarrollo de Naciones Unidas, en la cual se aceptó que los países industrializados tratarían de dedicar el 0.7% de su PIB a AOD. Una meta similar se fijó en la Estrategia Internacional para el Desarrollo del Tercer Decenio.

El estancamiento de las negociaciones multilaterales en lo que va del decenio de los ochenta ha sido en buena parte el reflejo de la confrontación de las potencias nucleares mayores y de la aceleración en los gastos militares. La crisis del sistema monetario internacional, iniciada en 1971, cuando Estados Unidos abandonó unilateralmente la convertibilidad oro del dólar; la crisis del endeudamiento externo; el abatimiento de los precios de las materias primas, y el problema de la alimentación y del desarrollo agropecuario, no pueden tener una solución racional fuera del contexto del NOEI. Para ello hay que avanzar en la distensión; moderar el hegemónismo y la bipolaridad, y realizar progresos sustanciales en la esfera del desarme.

No se necesita entrar en un conflicto armado para sentir los efectos de la carrera armamentista. Los países en desarrollo están resintiendo estos efectos en la tasa del desarrollo y en sus niveles de vida, desde el inicio de la crisis. Esta ha aumentado la brecha entre países industrializados y en desarrollo y las perspectivas indican que las discrepancias continuarán aumentando por el resto del decenio, a menos que se tomen medidas específicas para modificar la inequitativa estructura de las relaciones internacionales. La crisis ha agudizado la pobreza, el desempleo y el deterioro ambiental; situaciones exacerbadas aún más por la explosión demográfica, la insuficiencia alimentaria, la contaminación y otros factores que son consecuencia de la semi-industrialización de los PED.

Las dos máximas irracionalidades del mundo contemporáneo son la carrera armamentista y el creciente endeudamiento externo porque absorben recursos gigantescos que no son precisamente de utilidad social ni aumentan el bienestar de la humanidad.

Si la irracionalidad de la carrera armamentista ha quedado ampliamente demostrada, ¿qué es lo que

<sup>3</sup> *Excélsior*. "La deuda pública de EE.UU. distribuye el ingreso". Sección financiera, enero 22 de 1985.

impide el desarme y la creación de mecanismos que canalicen esos recursos hacia otros fines? ¿cuáles son las verdaderas causas del armamentismo?

No es posible el desarme mientras existan políticas de potencias hegemónicas que pretendan imponer normas y criterios a terceros países para evitar cambios "indeseables", según ellos, en sus respectivas áreas de influencia. ¿Quién puede sostener que la Unión Soviética amenace, mediante la fuerza el sistema de empresa corporativa privada de Estados Unidos, o bien que Estados Unidos pretenda desmembrar mediante la fuerza el sistema de economía estatal centralmente planificada de la Unión Soviética para imponerle el sistema corporativo que rige su economía?. La lucha es por asegurar alianzas o establecer áreas de influencia en el resto del mundo. Como los otros países industrializados han alcanzado un grado de madurez económica y de consolidación política difícil de alterar, es la hegemonía sobre los PED lo que está en el fondo del conflicto Este-Oeste. Especialmente vulnerables son los países del Tercer Mundo, porque son los que están en un frágil proceso evolutivo que es posible retrasar y deformar. Quizá esto explique la intransigencia de Estados Unidos para aceptar el régimen sandinista de Nicaragua, y explique las violaciones del primero al derecho soberano de autodeterminación de los pueblos y gobiernos acaecida en Guatemala, Chile, y Granada y en general en casi toda Latinoamérica; y explica también la presencia armada de la Unión Soviética en Afganistán como respuesta a una posible intervención estadounidense.

"La carrera armamentista tiene una razón política: la relación Este-Oeste basada en el mantenimiento de las áreas de influencia. Por eso, las negociaciones de Ginebra se mantienen en punto muerto. Se necesita un nuevo tipo de negociación para la distensión en el que las naciones europeas tengan voz y voto", sostiene la Coordinadora Nacional de los Comités por la Paz de Italia<sup>4</sup>. Es decir, siguiendo esta línea de razonamiento para avanzar en la distensión y en el desarme deben involucrarse en las negociaciones correspondientes, además de Estados Unidos y de la Unión Soviética, representantes de los gobiernos europeos, ya que Europa fue un sangriento campo de batalla en las dos guerras mundiales, y seguramente lo sería en una tercera. También debería considerarse la participación, mediante algún mecanismo funcional, de

representantes de otros países de la comunidad internacional, ya que todos resultarían afectados en una nueva conflagración mundial.

Se trata por tanto de rebasar el ámbito estrictamente bilateral de una negociación que afecta los intereses vitales de otros países, para insertarle en un cuadro más amplio que involucra en sucesivos niveles a otros países, utilizando los foros establecidos en la ONU. Por ejemplo, se podría empezar con los miembros europeos del Consejo de Seguridad y posteriormente con los de la Conferencia del Desarme.

Pues a pesar de que existen profundas diferencias filosóficas respecto a la naturaleza de los sistemas políticos, económicos y sociales prevalentes, hay documentos fundamentales de las Naciones Unidas, aceptados por todos los países miembros, cuyo respeto y observancia asegurarían la paz y el desarrollo, entre ellos:

La Carta de la Organización de las Naciones Unidas,  
La Declaración Universal de los Derechos Humanos,  
La Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados,  
La Declaración y Programa de Acción para el Establecimiento del NOEI,  
La Estrategia Internacional para el Desarrollo del Tercer Decenio.

También hay que mencionar los resultados de la Conferencia de Helsinki que se conoció bajo el nombre de "Medidas destinadas a fomentar la confianza y la seguridad sobre el desarme en Europa"; cuya Acta Final, firmada en 1975, trata temas no incluidos en acuerdos multilaterales previos, como asuntos de seguridad; de cooperación en comercio, ciencia y tecnología; protección ambiental; de Derechos Humanos; de diseminación de la información; de cooperación cultural y de reglas de seguimiento, observancia e implantación de las mismas.

Es importante referirse asimismo al llamado que hicieron seis jefes de Estado — de Suecia, Grecia, India, Tanzania, Argentina y México — en favor de la paz y del desarme nuclear, en la reunión celebrada en Nueva Delhi el 28 de enero de 1985. El mensaje está dirigido a los gobiernos de las cinco mayores potencias nucleares — Estados Unidos, Unión Soviética, Reino Unido, Francia y China — para que suspendan los ensayos, la producción y el emplazamiento de sistemas de lanzamiento de armas nu-

4 Citado por Blanche Petrich, *La Jornada*, enero 10 de 1985. p. 15.

cleares; adoptar un programa de reducción de armamentos; fortalecer el sistema de las Naciones Unidas y garantizar la transferencia de recursos de la carrera armamentista al desarrollo económico y social.

Se requiere un ambiente de distensión y un avance en el desarme para poder iniciar una gestión conjunta de la política económica internacional en sus aspectos de mayor interdependencia, como son los precios de las materias primas y productos primarios, la seguridad alimentaria, la diversificación de fuentes energéticas, la reestructuración del sistema monetario y financiero internacional y muy en especial el alivio del endeudamiento externo.

La participación de México en favor del desarme y el desarrollo están expresados, entre otros renglones en la creación del Tratado de Tlatelolco para la no Proliferación de Armas Nucleares; en el Pre-

mio Nóbel de la Paz conferido al Embajador Alfonso García Robles; en el proceso de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica; en la actuación destacada de los representantes del País en las negociaciones multilaterales que tienen lugar en los foros de las Naciones Unidas, especialmente en la posición de la Misión de México en Nueva York, entre otras.

México no puede asumir una actitud tibia y pusilánime; tiene un interés vital en los movimientos en favor de la paz y en la promoción del desarrollo. Por su pasado histórico, por su idiosincracia, por ser un país densamente poblado con grandes necesidades básicas insatisfechas y, en especial, por estar situado en la inmediata vecindad de una de las máximas potencias nucleares, las condiciones de la seguridad y de la paz mundiales son esenciales para su propia seguridad.